

aquel pueblo se ocultaban francos-tiradores, y se habían echado sobre su presa que creían tener bien segura. Unos habían recibido orden de registrar la iglesia; otros de saquear las casas; aquellos de recoger todas las provisiones y de llevarse todas las bestias que se pudieran encontrar, y estos de recorrer los senderos que atravesaban todos aquellos campos. Y á pesar de esto quedaban en la pequeña calle grandes masas, suficientes para atacar ó defender una fortaleza.

Los habitantes de aquel pueblo no intentaron ni resistir. Pacíficos, seremos en medio de su desgracia, contemplaban como los alemanes les robaban el modesto ajuar que jamás volverían á ver, ignorando si sus mismas personas hallábanse destinadas á perecer, antes que saliera el sol, con el yerro ó con el fuego. Veían el trigo, que debía preservarles del hambre en el invierno, desparramado á la ventura. Veían la avena y el trigo candeal esparcido, triturado bajo sus pies, en lagos de barro y en montones de inundicia. Veían los armarios de noguera de sus cocinas, rotos; sus viejas joyas de plata, que contaban ya varios siglos, robadas por aquella soldadesca; sus armarios de encina, honor del cuarto de sus mujeres, saqueados, y la ropa de la casa y las curiosas joyas, regalos de boda, todo echado por tierra y en un montón aplastado, en medio de burlonas risotadas. Veían el carnero, favorito de sus hijos, los pendientes de plata de sus novias, los hermosos vasos en que bebieron el vino el día de sus bodas, el pájaro domesticado que comparecía cuando se le llamaba, como todo se lo llevaba el soldado para satisfacer su glotonería ó rapacidad de vencedor. Todo lo veían, y debían contenerse por temor á que cualquier movimiento ó demostración no fuera contestada con la muerte de sus hijos ó con el incendio de sus casas.

A la puerta de una casa hallábase un grupo sin moverse, y mirando en silencio. Eran Bernadou, derecho pálido, calmoso, los ojos despidiendo un profundo desprecio, su mujer y su vieja madre, con el horror y la resignación pintado en sus rostros, aguantando entre sus manos un crucifijo que apretaban contra su pecho.

De repente de entre la masa de soldados salió una voz que decía: Llevadme hasta aquí aquel paisano. Bernadou agarrado por varias ma-